

**Agnes Ravatn**

---

El tribunal de los pájaros

---





Seix Barral Biblioteca Formentor

---

# Agnes Ravatn

## El tribunal de los pájaros

Traducción del noruego por  
Bente Teigen Gundersen y Mónica Sainz Serrano

---

Título original: *Fugletribunalet*

© Agnes Ravatn, 2013

Publicado por primera vez por Samlaget

Publicado de acuerdo con Northern Stories

© por la traducción, Bente Teigen Gundersen y Mónica Sainz Serrano, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

La traducción de esta obra ha merecido una subvención de NORLA



Primera edición: abril de 2019

ISBN: 978-84-322-3501-6

Depósito legal: B. 5.962-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

---

Se me iba acelerando el pulso a medida que atravesaba el bosque tranquilo. De vez en cuando, un graznido de pájaro, y por lo demás, sólo grises y desnudos árboles de hoja caduca, un joven bosquecillo y algún que otro enebro verdiazul bajo el pálido sol de abril. Allí donde el estrecho sendero rodeaba una roca, se abría un paseo flanqueado por enhiestos abedules blancos. Cada abedul tenía grandes ramificaciones nudosas en la copa, como nidos a medio construir. Al final de la alameda había una cerca descolorida y blanca con cancela. Tras la cancela, la casa. Una pequeña y antigua villa de madera con tejas de pizarra.

Cerré la cancela sin hacer ruido, crucé el patio y subí los pocos escalones que llevaban a la puerta principal. Nadie abrió cuando llamé; se apoderó de mí una ligera inquietud. Dejé las bolsas en la escalera, bajé y seguí la senda que marcaban unas losas alrededor del edificio. Desde la fachada delantera se abría el paisaje. Montañas violáceas con manchas de nieve desperdigadas descansaban al

---

otro lado del fiordo. La maleza rodeaba la propiedad.

Él estaba en el jardín, junto a unos árboles enjutos; una larga espalda envuelta en un jersey de lana de color azul marino. Se sobresaltó cuando lo saludé. Se dio la vuelta, me devolvió el saludo con la mano y se acercó a mí con unas pesadas botas a través del terreno amarillo grisáceo. Inspiré. Un rostro y un cuerpo en los cuarenta, no tenía el menor aspecto de ser una persona dependiente. Disfracé mi sorpresa con una sonrisa y di unos pasos hacia él. Era robusto y moreno. No me miró a los ojos, sino que su mirada pasó de largo al tenderme la mano.

Sigurd Bagge.

Allis Hagtorn, dije apretando levemente su enorme mano. En su mirada no había nada que denotase que me reconocía. Quizá sólo era un buen actor.

¿Dónde está tu equipaje?

En la parte de atrás.

El jardín que se desplegaba a sus espaldas era una plomiza tragedia invernal de matorrales marchitos, paja húmeda y hojas. Cuando, en breve, llegase la primavera, aquello se convertiría en una selva. Él percibió mi gesto de preocupación.

En efecto. Hay bastante que hacer.

Le sonreí, asentí.

El jardín es un proyecto de mi mujer. Necesito que alguien me ayude mientras ella está de viaje.

---

Lo seguí al otro lado de la casa. Cogió una bolsa con cada mano y entró en el recibidor.

Me mostró el camino a la segunda planta, subió las viejas escaleras con paso decidido. Mi habitación estaba amueblada con sencillez; una cama estrecha, una cómoda y un escritorio. Olía a limpio. Las sábanas tenían un estampado floral.

Es una habitación bonita.

Se dio la vuelta sin responder, agachó la cabeza y salió; asintió para mostrarme mi cuarto de baño, volvió a bajar las escaleras mientras yo lo seguía, salió al exterior, dobló la esquina y cruzó el patio hacia la caseta de las herramientas. La madera crujió cuando abrió bruscamente la puerta y señaló la pared: rastrillo, pala, palanca.

Para cortar la hierba más alta hay que usar la guadaña, si sabes cómo.

Asentí, tragué saliva.

Aquí encontrarás lo que necesites. Tijeras de jardín, continuó. Me alegraría que consiguieras ordenar el seto de alguna manera. Y dime si echas en falta alguna herramienta, te daré dinero.

No se molestaba en mirarme cuando hablaba. Yo era del servicio, había que establecer las distancias desde el primer momento.

¿Hubo muchas respuestas al anuncio?, se me escapó.

---

Me lanzó una mirada efímera desde debajo del flequillo negro.

Bastantes.

Me pareció que su arrogancia era fingida, pero no tuve más remedio que morderme la lengua. Yo sólo era su empleada, él podía hacer lo que quisiera. Seguimos rodeando la casa hacia el jardín, pasando por delante de los arbustos de bayas y los frutales que había a lo largo de la cerca de piedra. El aire era cortante y húmedo, olía a tierra mojada y a hierba marchita. De una zancada salvó una verja baja y se volvió hacia mí. Está oxidada, dijo, tal vez puedas hacer algo con ella. Pasé por encima de la verja y lo seguí. Una empinada escalera de piedra de altos escalones partía del borde del jardín y desembocaba abajo, en el fiordo. Conté los escalones al bajar y llegué justo a cien. Aparecimos en un pequeño muelle de hormigón. Había un destartalado cobertizo para botes con un punto de amarre a la derecha. El acantilado formaba un semicírculo a nuestro alrededor y protegía el muelle de miradas ajenas desde ambos lados. Me recordaba al lugar donde había aprendido a nadar hacía casi treinta años, cerca de una casa de veraneo que alguien les había prestado a mis padres.

Qué lugar tan hermoso.

Tengo intención de demoler el cobertizo algún día, dijo sin mirarme. El viento del fiordo juguetaba con su cabello.

¿Tienes barco?

---

No, respondió escueto. Bueno, por aquí no hay mucho que puedas hacer. Pero al menos ya has visto cómo es.

Se volvió y empezó a subir la escalera.

Su dormitorio estaba ubicado en la planta baja, cerca de la cocina y el salón, y tenía la ventana orientada al jardín. A través del dormitorio se accedía a su estudio.

Aquí paso la mayor parte del día. No vas a verme mucho, y quiero tener tan pocas interrupciones como sea posible.

Asentí despacio ante sus palabras una sola vez, para demostrar que entendía la seriedad del asunto.

Lamentablemente, no tengo coche, pero hay una bicicleta con alforja para la compra. El supermercado está a cinco kilómetros hacia el norte por la carretera nacional. El desayuno se servirá a las ocho: dos huevos duros, arenques, dos rebanadas de pan de centeno y café solo, me enumeró.

Los fines de semana, en principio, los tienes libres. Pero si andas por aquí puedes prepararme el desayuno una hora más tarde de lo habitual. A la una, el almuerzo. La cena es a las seis, seguida de café y coñac.

Dicho esto desapareció en su estudio, y pude familiarizarme con la cocina. La mayoría de los utensilios estaban desgastados, pero eran de buena



---

calidad. Abrí cajones y armarios intentando hacer el mínimo ruido posible. En la nevera encontré los lomos de bacalao que compartiríamos para la cena.

Los manteles estaban guardados en el último cajón. Elegí uno y lo extendí sobre la mesa antes de disponerlo todo de manera tan silenciosa como pude. A las seis en punto salió del dormitorio, apartó la silla y se sentó a la cabecera de la mesa. Aguardaba. Coloqué la fuente con el pescado en el centro, el cuenco con patatas delante de él. Aparté mi silla y, cuando me disponía a sentarme, me detuvo con un gesto brusco de la mano.

No. Tú comes después.

Miró fijamente hacia delante.

Es culpa mía, quizá no lo he dejado del todo claro.

Se me hizo un nudo en la garganta; cogí mi plato y lo llevé rápidamente a la encimera de la cocina sin decir palabra, con la cabeza gacha, la espalda encorvada y miserable.

Mientras él comía, llené la pila de agua y me puse a fregar la cacerola y los cucharones. Él se sentaba erguido, comiendo sin emitir sonido alguno; en ningún momento alzó la vista. Preparé café con movimientos torpes, saqué el coñac de la vitrina que había tras él y recogí la mesa cuando hubo dejado los cubiertos. Serví café en la taza,

---

coñac en la copa de cristal fino, lo coloqué todo en una bandeja y se lo acerqué tambaleándome tintineante. Luego, cuando se levantó, me dio las gracias por la comida y regresó a su estudio. Me senté para comerme mi ración, tibia ya, vertí la mantequilla casi sólida sobre las patatas. Cuando acabé de comer terminé de fregar los platos, limpié la mesa y la encimera y subí a mi habitación. Deshice el equipaje, coloqué la ropa, los calcetines y la ropa interior en la cómoda, apilé los libros en el escritorio. Comprobé que mi teléfono estaba apagado antes de introducirlo en el cajón del escritorio. Nunca volvería a encenderlo, excepto en una situación de emergencia. Después me quedé sentada, quieta, por temor a hacer ruido; en ningún momento se oyeron ruidos desde abajo. Finalmente, fui al baño y luego me acosté.